

LA FACETA MÁS NOBLE Y HUMANA DE MIGUEL HERNÁNDEZ. ÚLTIMOS RECUERDOS SOBRE LA GUERRA CIVIL, DEL POETA Y DE SU ÍNTIMO AMIGO EFRÉN FENOLL

LUIS MIRAVALLES RODRIGUEZ

Catedrático de I.E.S. Valladolid

“Más allá de fanatismos políticos y religiosos, que siempre ofuscan el entendimiento y tergiversan el sentido de lo que se dice, queremos destacar aquí el aspecto más humano, independiente y sincero del poeta. Miguel Hernández era un ser bueno por naturaleza, no ingenuo. Solidario pero libre”

I. El contraste entre el ambiente idílico y el prebélico en Orihuela

En la Orihuela cercana a los años treinta, la Oleza mironiana, todavía deambulaban las últimas calesas tiradas por caballos, que iban a buscar a los viajeros del tren, que venían de Alicante. Uno de los conductores era un cochero desorejado por haber cometido cientos de fechorías. Era un auténtico bicho, resentido y deslenguado, que guardaba en su alma un profundo e infinito rencor. Cierto es que desorejar a los delincuentes era un castigo realmente cruel y ancestral, propio de clérigos intolerantes e inquisidores, y tal vez por esto aún se había practicado en una ciudad que fue capital en el año 715, nada menos que del reino visigodo de Teodomiro y sede episcopal desde 1564, y que aún rezumaba incienso por todas partes. El río Segura, que cruzaba Orihuela, sin embargo, todavía era cristalino y el entorno, según poetizaba Carlos Fenoll, olía a tomillo, a tibias tahonas y a pastelerías y no como hace pocos años, que por el agua estancada, olía a pecina.

En los bares, por aquel entonces, se ofrecían gratis tapas de muslitos de ranas, que sabían a pollo, si bien los murcianos, a tan sólo 15 kms., comían muchas más ancas, hasta el punto de ser llamados “barrigas verdes” por los oriolanos. La rivalidad de los pueblos cercanos se manifestaba de esta forma tan peculiar, sin que hubiera mayores agresiones que las verbales. El caos estallaría después.

Miguel Hernández, que todavía pastoreaba cabras, al tiempo que se pasaba las horas enfrascado en sus poemas y en sus lecturas, se olvidaba más de una vez del pastoreo, mientras

les cabras acometían con furor el huerto del vecino, comiéndose las lechugas, por lo que era duramente recriminado.

Luego a la atardecida, al olor cálido de la tahona, pasaba largo tiempo midiendo las sílabas de los versos, con los dedos y con la ayuda de Carlos Fenoll. Y aún continuaría puliéndolos por las noches, en su casa, hasta que su hermana Elvira, le aconsejaba que apagara la luz, para que el padre, hombre rudo y cerrado, no se enojara demasiado y no le insistiera en que se dejara de tontos sueños y vanas presunciones y fuera cabrero como él. Elvira fue su mayor consuelo en aquella casa y le cuidaba para que siempre llevara una camisa impecablemente blanca, lo que contrastaba con el resto de su indumentaria tan precaria: pantalones de pana y esparteñas (alpargatas de esparto).

Miguel ya era un mozo erguido, airoso, de ojos tan grandes como linternas y cada vez más hermanado con toda la Naturaleza, llegando a imitar perfectamente todos los silbidos de los pájaros y los ruidos de los elementos. Era un panteísta integral.

Y de pronto, todo aquel idílico ambiente, se fue rompiendo poco a poco a partir de la República, y todos los ánimos se exacerbaban con la irrupción de la política.

Todos se hicieron sospechosos, de modo que para justificar su izquierdismo, tuvieron que proveerse inmediatamente del carnet socialista. Hasta los menores de edad, como Efrén Fenoll, que tenía tan sólo 12 años, tuvieron que añadirse algún año más para obtener su carnet. Y naturalmente al cultivo de los vientos encendidos surgen los “conversos”, que siempre son los más radicales y ven sospechosos por todos los rincones. Por eso un tal Francisquillo, comienza a hostigar a la familia de los Fenoll, porque eran “propietarios”, ya que poseían el negocio de la Tahona. También requisó un bombo de música al padre de Teresa, la futura novia precoz (12 años) y luego esposa de Efrén Fenoll, porque tal vez lo consideraría un signo externo de riqueza. Carlos Fenoll, contestó a sus insinuaciones tal y como sabía, en poesía, a través de la prensa local, y aludiendo al pan:

“la bandera gloriosa del socialismo
tiene el fuerte colorismo
de la amapola triguera...”

A pesar de todo, quedaban algunos momentos para el sano regocijo y Miguel, muy a menudo, le gastaba a Efrén, su amigo de correrías por la montaña de la Cruz de la Muela, una broma cariñosa: solía pasar por delante de la Casa de Teresa, la novia de Efrén, e imitaba perfectamente el silbido de su amigo hasta que ella salía por la puerta, y entonces – añade la propia Teresa- se la quedaba mirando, sin decir palabra, sólo con su ancha y fresca risa, enseñando la lechosa dentadura, que destacaba en su cara intensamente morena, y luego se alejaba rápidamente, dejando a Teresa confundida, aunque no demasiado enojada.

II.-En los comienzos de la guerra: las nobles actuaciones y la peculiar vehemencia del poeta

Y en esto, comenzó la guerra. La paz se rompió, porque alguien ansioso de poder absoluto, se alzó contra el legítimo gobierno. Lo demás es literatura. Pero lo que realmente había era sangre, demasiada sangre, precisamente lo que más lamentaba Miguel Hernández, porque no entendía que hubiera tanta necesidad de sangre para luchar por la libertad. Tampoco entendía en absoluto que a él le dijeran lo que tenía que hacer, fueran o no los comunistas.

Miguel, como tantos otros, tenía un carnet de mera circunstancia, pero no por adhesión a un partido determinado.

“¿Pero cómo alguien puede pensar que un ser tan noble y sincero e independiente, puede perder su libertad, si precisamente luchaba por ella? A Miguel le enfurecían sobremedida las órdenes del partido, por lo que solía exclamar:

“¡Dejadme, yo sé actuar
por mi cuenta!”.

Por ello, aunque estaba en el comisariado, no actuaba de comisario, sino colaborando con sus poemas del “Viento del pueblo” en los periódicos murales y dando recitales por la vanguardia de los frentes.

Siempre creyó, como Alberti, que la guerra estaba más que justificada, pero Miguel no era un criminal. Sus nobles actuaciones y su poesía tan humana y vehemente le encumbró por sí mismo y el partido se aprovechó de esta glorificación, como se aprovecharon de otros poetas, los políticos de un signo y de otro. Pero los poetas no son de nadie, no se venden, no son de ningún partido, están enteros, como alguna vez dijo Unamuno.

Y aún se sigue sin entenderlo, porque cuando interesa, se aprovecha la gloria y nombradía de alguien en beneficio propio. Y siempre ha sido así desde los tiempos de la Grecia clásica. Ya lo decía Tucídides hablando sobre la guerra civil del Peloponeso:

“...Muchos fueron los horrores...y se sucederán siempre, en tanto sea la misma la naturaleza humana...llegando a la subversión de los valores y a las atrocidades en las represalias. E incluso para justificar su insana conducta llegaron a cambiar el sentido normal de las palabras, y así, la audacia pasó a significar valerosa adhesión al partido. Y el vehemente inspiraba la máxima confianza... Y los ciudadanos que permanecían al margen se convertían en víctimas de uno u otro bando.”

Para un hombre tan sensible y tan humano como Miguel, lo que más le afectó de la guerra, sacudiéndole las entrañas, fue el HAMBRE, que junto con la SANGRE, ya desde su nacimiento, motivarían su poesía más auténtica y hermosa, porque “la fuerza y la eficacia de las palabras viene -decía San Juan de la Cruz- de lo que se siente en el interior.”

En Orihuela se pasaba mucha hambre y más Josefina, la mujer del poeta, y su hijo, que vivían en COX a muy pocos kilómetros de Orihuela.

Elvira, la hermana de Miguel y tan humana como él, se acercó a la tahona de los Fenoll, para informarles de que Josefina y su hijo apenas comían algunas cebollas, lo mismo que ocurriría en Septiembre de 1939.

La madre de los Fenoll, que sentía gran simpatía por el poeta, le dio a Elvira para que se lo entregara a Josefina, una docena de “vienas”, unos panecillos redondos, que se vendían a real el trío. El pan por entonces era al más preciado bien.

Cuando llegando desde el frente, en una de las visitas esporádicas y relámpago que Miguel hacía a su familia, se entera de sus penurias, descerrajó el portón de madera del patio de su casa, se lo puso a los hombros, y se lo lleva al carpintero, para conseguir algo de dinero a cambio, y poner así algún remedio temporal. Una vez más de su propia vida, surgirán después sus versos.

Hay, por supuesto, otras vivencias, otras impresiones experimentadas durante los años de la guerra y que también se le quedaron grabadas en la mente del poeta... Son de otra índole, pero reflejan su espontaneidad, su humanidad y su nobleza.

En los preliminares de la guerra, ya inminente, observa cómo un joven reparte octavillas por las calles de Madrid y de pronto, ve cómo se le caen y desparraman por el suelo. Miguel, ante la desolación del joven, se le acerca, toma una octavilla y la lee. Se trata de un texto de José Antonio rimo de Rivera. Su reacción es, por lo menos, insólita en una persona totalmente opuesta a la ideología del autor, pero es que Miguel siempre ayuda al que lo necesita, y por eso le dice: “No te preocupes, yo te ayudaré”. Recoge las octavillas, las pone bajo su brazo y las reparte junto con el joven.

III- En plena guerra: últimos recuerdos del poeta y de su amigo Efrén Fenoll

Miguel Hernández tenía dieciséis años cuando el padre “Buenaventura” (Julio Esteve Flors), decidió darle clases de cultura general y de literatura, le regaló libros y le introdujo en las tertulias literarias de Orihuela.

Cuando en 1936, el poeta se enteró de su encarcelamiento en la localidad valenciana de Puzol, allí se desplaza para evitar su fusilamiento, pero llega tarde. El capuchino había sido fusilado, junto con su anciano padre y su hermano menor, el 26 de Septiembre, a las tres de la madrugada, en el cementerio de Gilet. Según testigos directos, el poeta reprochó muy violentamente a los ejecutores tal acción. Ya en plena guerra y tras el terrible asalto al Santuario de la Virgen de la Cabeza, Miguel, como corresponsal de guerra, entra de los primeros en el recinto y ve tendido en el suelo a un sacerdote agonizante. Espera, consolándole, sus últimos latidos, luego le cubre el rostro, siguiendo su camino, terriblemente entristecido. Estos dos

testimonios, y otros similares, sin duda le hubieran servido como argumentos para amortiguar su sentencia. Pero Miguel jamás pregonaba sus nobles acciones, que sólo conocían sus íntimos amigos, como Efrén.

Pero tal vez sea el alegato definitivo para testificar sobre su independencia, lo que sintió durante su viaje cultural a Rusia, en Septiembre de 1937, para asistir al V festival de teatro soviético. Al llegar le conducen junto con otros jóvenes extranjeros, a través de un circuito cerrado, acompañados por una guía y sumamente vigilados. Visitan el metro, la Plaza Roja y poco más. Todo pura exhibición de “grandonismo”. No se les permite, ni lo más mínimo, salirse del circuito: “Este viaje -nos dice Juan Cano Ballesta- no fue una expedición política, pero...¿Era tan ingenuo Miguel Hernández?...¿No percibió nada de lo que estaba ocurriendo realmente bajo la mano ferrea de Stalin?...Sus escritos... no lo dicen.” Sin embargo, las palabras del poeta a su amigo, confiesan la verdad, sin partidismos:

-“¡Mira Efrén, aquel itinerario era como ir subido en un carrusel de feria, sin posible desviación!!!...”

Y cuando, al fin, salieron de Rusia y llegaron a Inglaterra, añade:

“¡Noté una sensación de respirar aire libre, Efrén: Rusia es un país de esclavos!”

Y la guerra siguió su curso hasta el fin, pero Miguel, que amaba tanto a su pueblo y a los suyos, no quiso albergarse en la Embajada de Chile, ni en sitio alguno, porque lo considera una deserción de última hora, y volvió a Orihuela sin ocultarse, ingresando el 29 de septiembre en el Seminario-cárcel, para escribir sus “Nanas de la Cebolla” y para cumplir así el inexorable y fatal desenlace que todos conocemos.

Mientras, en Orihuela y sin que nadie acertara a saber el cómo ni el porqué, cinco días antes de acabar la guerra, una tarde comenzaron a descender por la colina, desde el seminario de San Miguel, convertido en cárcel para fascistas, un numeroso grupo uniformado, con boinas rojas y cantando eufóricamente el himno del “cara al sol”.

El pueblo estaba totalmente desconcertado. Nadie sabía lo que estaba ocurriendo y menos Teresa, cuyo novio se encontraba en Teruel.

Ni Elche, a un paso, republicana, ni Murcia, tampoco sabían absolutamente nada. Todo era sumamente extraño.

Hay episodios de la guerra que todavía requieren una lógica explicación: ¿Cómo se sabía en Orihuela que la guerra estaba perdida cinco días antes de acabar?

Efrén fue detenido y como otros muchos, fue trasladado a Valencia, a un hospital transformado en cárcel, mientras esperaban ser conducidos a un campo de concentración.

Decidido a llegar como sea hasta su amada Orihuela, vestido con su mochila, su máscara de gas y su gorro ruso, se acerca al guardián de la prisión y le dice sin más que él se va. El guardián le mira un tanto asombrado y desconcertado, pero le reconoce: ¡es un íntimo amigo de su mismo pueblo!... y le deja salir. Empieza a caminar y cuando llega a SUECA, al sur de Valencia, se sube a un camión cargado de sacos de arroz. Pasan por Alicante, donde ve un genio esperando embarcar hacia el exilio.

Un saco se rompe y le cubre de arroz. Al ruido el camión se para, y uno de los conductores le descubre y le dice que se baje, porque ellos van solamente hasta Orihuela a llevar el arroz a Santo Domingo, ahora almacén de alimento. ¡Justo al lado de su casa!...Efrén piensa que aquello era algo tan providencial, que sin duda, se debía a la devota intervención de su madre.

Orihuela está repleta de falangistas por todas las calles, pero todos conocen a Efrén, todos han sido amigos de su infancia y sabían que nunca había sido un cabecilla, ni un exaltado o criminal, simplemente un liberal que había incluso colaborado hasta con las congregaciones religiosas y repartido pan hasta en las casas de alta sociedad. Nadie le detiene ni le molesta. Aunque si sería “reeducado” posteriormente, junto con los del 38, en un cuartel de Córdoba, donde no le permitieron ni acercarse al entierro de su madre, algo que realmente nunca pudo asimilar y por ello aún conserva siempre puesta una corbata negra, como símbolo emblemático de su rabia contenida y un inmenso dolor, que aún le quiebra la voz.

Efrén había sido el recadero de la tahona y de la hoja poética de sus amigos: “SILBO”, de la que se han lanzado ya en facsímil los únicos números que salieron, encabezados con una generosa dedicatoria de Juan Ramón Jiménez.

Efrén recorría las calles de Orihuela con su carrito chapado de hojalata, sentado en el varal y domando al rebelde burrillo con su voz seductora, llena de frases campanudas e inverosímiles.

Enmudeció la lira del poeta un día de Marzo de 1942, pero Efrén conserva algo más que su memoria y las primeras ediciones de todos sus libros, con bellas dedicatorias escritas por la mano de Miguel.

Así terminan estos recuerdos inéditos sobre Miguel Hernández y la Guerra Civil, relatados por su amigo Efrén Fenoll, al que Miguel llamaba “El chico moreno que rima con tren”.

Aquello fue una guerra absurda, un horrible caos, una desventura que arrebató a otros muchos, a todos, el maravilloso tren de la infancia...

IV -Reflexiones a modo de conclusión

Entre las palabras dichas oralmente por Miguel Hernandez a sus amigos fraternales, los hermanos Fenoll de la tahona de orihuela y algunos escritos del poeta, existen, en algunos casos, evidentes contradicciones sobres las que conviene reflexionar.

Cuando Miguel Hernández, como comisario de cultura, habla o escribe para el pueblo, ya sea a través del **ALTAVOZ DEL FRENTE** o de la prensa **NUESTRABANDERA**, **FRENTE SUR**, etc, busca- por lógica obligación del cargo- inflamar los sentimientos del pueblo y por ello se apasiona: sus palabras son palabras eminentemente propagandísticas, y de ahí que estén impregnadas de una retórica desbordada y llena, en ocasiones, de calificativos muy peyorativos, incluso hasta groseros y zafios, impropios de un espíritu tan sensible como el del poeta. Otras veces como contraste, la pasión le mueve al ensalzamiento y al panegírico.

Veamos algunos ejemplos. Cuando la toma del Santuario de la Virgen de la Cabeza, nos dice:..."Entré en el Santuario. Acababa de suicidarse un cura, que yacía entre los escombros", y añade: ..."Aquel lugar más parecía un antro que un lugar de oración" ("La rendición de la Cabeza", *Frente Sur*, nº13, 6 de mayo de 1937, en HERNÁNDEZ, Miguel, *Poesía y prosa de la guerra y otros textos olvidados*, Madrid, Ayuso, 1977, pp. 149-155).

Sin embargo, a Efrén Fenoll le dijo que había encontrado al cura agonizando y espero hasta que murió, tapándole luego la cara.

Cabe preguntarse, entre otras cosas, ¿cómo supo Miguel Hernández que acababa de suicidarse?. Además pocos días después en *Frente Sur* publica una carta en respuesta al compañero Juan Celdrán que le había reprochado unos errores y conceptos equivocados, en su relato sobre el ataque y conquista del Santuario. En ella pide disculpas y declara los siguiente: "En los instantes de emoción, de lucha, de muerte, es difícil, casi imposible retener la atención en un determinado detalle"... (*op. cit.*, p.159). Sin comentarios.

En otro caso, escribe el artículo: "*La U.R.S.S. y España fuerzas hermanas*, exaltando la convivencia familiar del pueblo ruso, frente al egoísmo de los burgueses de París y Londres..." *Eran hienas leyendo el periódico, sapos eructando chocolate, zorros y lobos mirándose de reojo y gruñendo de tener que rozarse*". En cambio, "*Rusia edifica un mundo feliz y transparente*" (*Nuestra Bandera*, nº 108, 10 de mayo de 1937, p.3, en HERNÁNDEZ, Miguel, *Poesía y prosa de guerra...*", p.172). Mientras a Efrén Fenoll le había dicho que Rusia era un país de esclavos. ¿Dónde está toda y exclusivamente toda la verdad?. Sólo cabe añadir que una cosa es hablar para todo un pueblo al que hay que mover a la acción y otra cosa es hablar en privado, en la intimidad, para unos pocos amigos y sin control de ninguna clase.

Pero, en definitiva, dejando aparte toda propaganda, circunstancias y anécdotas, siempre estará el hombre, auténtico, como nos los demuestra en su artículo: "No dejar solo a ningún hombre", donde nos narra como en una de las retiradas hacía Madrid oyó en medio del fragor de la retirada, un grito desgarrador: "¡Me dejáis solo, compañeros!"; todos había desaparecido, pero Miguel Hernández corrió hacia donde salía el grito que no cesaba, y encontró a un herido que se desangraba. Le vendó, le cedió la mitad de sus ropas y echándole sobre sus hombros le llevo hasta donde sus fuerzas le permitieron...

“y ahora- termina el poeta- como entonces me siento en disposición de no dejar solo en su desgracias a ningún hombre”. (*Nuestra Bandera*, nº 112, 14 de noviembre de 1937, p.4, en HERNÁNDEZ, Miguel, *Poesía y prosa de guerra*).

Así era realmente Miguel Hernández, tanto en la guerra como en la paz, siempre.

NOTAS

CANO BALLESTA, J. (1992), “Viaje a la Unión Soviética”, *Diario 16* (21-III-1992)

GUERRERO ZAMORA, J. (1955), *Miguel Hernández, poeta*, Madrid, Colección El Grifón de Plata.

HERNÁNDEZ, M. (1977), *Poesía y prosa de la guerra y otros textos olvidados*, Madrid, Ayuso.